

DR. JUAN MARÍN

UN GRAN LIBRO SOBRE
EUGENE O'NEILL

LARGA ES LA bibliografía existente sobre el genio del teatro moderno en los Estados Unidos, Eugene O'Neill, pero evidentemente ella no estaba completa hasta que no apareció la obra que ahora comentamos: un tomo de 970 páginas, ricamente ilustradas, debido a la ágil pluma de Arthur Gelb, redactor dramático de "The New York Times", con la colaboración de su esposa Bárbara, expertos ambos en el tema O'Neill al cual han consagrado buena parte de sus vidas. Brooks Atkinson, el crítico literario del mismo periódico, escribió una excelente Introducción al volumen, basada en su amplio dominio sobre la obra y sobre la vida de O'Neill, a quien conoció personalmente y cuyas obras tuvo oportunidad de enjuiciar en más de una ocasión. Para quienes hemos cultivado el tema marino en poesía, cuento y novela, la figura de Eugene O'Neill es señera, pues su nombre se recordará siempre como uno de los grandes escritores del mar, junto a Joseph Conrad, R. L. Stevenson, Jack London y Blaise Cendrars; bástenos decir que trece de los dramas de O'Neill tienen un escenario marítimo. Porque en su azarosa y aventurada vida O'Neill, de joven, cruzó varias veces los océanos como simple marinero de barcos de carga y fue vagabundo de los muelles en Buenos Aires por más de un año, en puertos ingleses diversos y sobre todo en Nueva York. El interés de los esposos Gelb por escribir una obra tan completa, tan emotiva y tan documentada sobre O'Neill, se concretó en ellos después de la publicación de su drama póstumo "Long Day's Journey into Night", drama que, como se sabe, O'Neill había guardado y sellado con instrucciones precisas a su viuda y a sus abogados para que, por ningún motivo, pudiera ser representado sino hasta 25 años después de su muerte. A pesar de lo cual, la ex actriz Carlota Monterrey, tercera y última esposa de O'Neill, se consideró relevada de este compromiso

después de la trágica muerte de Eugene Junior, hijo mayor de O'Neill, en beneficio del cual él quería guardar secreto durante tantos años este drama de su adolescencia y juventud. Eugene Junior fue hijo de Kathleen, la primera esposa de O'Neill, una joven con la cual en realidad él nunca vivió y con quien jamás confesó explícitamente que hubiera sido casado. El padre del dramaturgo, el popular actor James O'Neill, que pasó toda su larga vida artística representando "El Conde de Montecristo" en los teatros de los Estados Unidos —ídolo de los públicos de matinée y de feria y actor de auténtico talento dramático— nunca aprobó este primer matrimonio de su hijo. Fue justamente para separarlo de Kathleen que su padre envió a Eugene en una absurda expedición a buscar oro en unas imaginarias minas en Honduras y que favoreció en los comienzos, los largos viajes marítimos de su hijo. Por su parte O'Neill solamente vino a conocer y a legitimizar a Eugene Junior cuando éste alcanzó los 15 años de edad y fue sólo entonces que empezó a ocuparse de su educación y a pagarle su admisión en los mejores colegios del país. Sus esfuerzos habrían de ser sin embargo estériles, pues este joven, que había alcanzado las más altas distinciones académicas en las universidades estadounidenses, se suicidó, abriéndose las venas después de un acceso de agudo alcoholismo.

Todo el dramatismo, el pathos, y la tragedia que O'Neill puso en sus dramas, las vivió él en una de las más turbulentas vidas que la historia del arte pueda recoger. Hijo de un padre frustrado y alcohólico y de una madre neurótica y morfinómana, con un hermano mayor caído tempranamente en los pozos del alcoholismo, O'Neill se empeñó también por descender desde su juventud a los más bajos niveles de la existencia humana. Alcohol y libertinaje, anarquismo y rebeldía, vagabundeo y trashumancia, fueron su norma en varias ciudades del mundo, pero sobre todo en el Greenwich Village de Nueva York, donde sus compañeros fueron hampones y truhanes, ideólogos, ácratas y eso que un autor ha llamado los "peces ciegos" de los bajos fondos sociales. Tanto O'Neill como su hermano mayor James, hicieron todo esto para antagonizar a su padre, al cual odiaban: James se mató bebiendo hasta caer en el delirium tremens; pero en Eugene las circunstancias fueron distintas: las tensiones internas que sacudían su espíritu, lo llevaron a las copas del vicio y al libertinaje sexual; aunque en todo ello y hasta en ese afecto y hermandad solidarias que sentía por los vagabundos y las prostitutas que con frecuencia fueron los personajes predilectos de sus dramas, había en él cierta ansia de redención y de liberación. Leyendo el libro de los esposos Gelb, uno se pregunta qué tremendas reservas físicas

y morales hubo en este hombre que pudo resistir por más de medio siglo una vida que a otros destruiría fácilmente en un año. Pues, fuera de un corto período en que afectado de una tuberculosis aguda tuvo que internarse en algunos sanatorios, el resto de la vida de O'Neill fue de violencias y de excesos. En medio de esa existencia atormentada surgieron —igual que las flores del loto emergen del fondo de las ciénagas—, las obras más bellas y vigorosas del teatro contemporáneo, muy superiores y muchísimo más potentes que las de Bernard Shaw y comparables en muchos aspectos a las del genio máximo del teatro universal, William Shakespeare.

Eugene O'Neill, Premio Nóbel de Literatura y ganador cuatro veces del Premio Pulitzer de Teatro, revolucionó en verdad no sólo el teatro de los Estados Unidos, sino al teatro universal; pues él exploró nuevos caminos jamás antes recorridos, se lanzó en experimentos audaces y luchó amargamente durante toda su existencia por imponer un teatro desnudo y sincero que no era el teatro convencional y comercializado de Broadway, sino un arte nuevo, audaz, con un contenido que sólo puede compararse al drama griego de los tiempos de Sófocles y Esquilo. O'Neill tuvo además la virtud de incorporar valientemente a Freud en el teatro moderno, anticipándose con ello en un camino que muchos habrían de transitar después en Europa y en los Estados Unidos; entre otros, los norteamericanos Arthur Miller y Tennessee Williams. O'Neill sólo tuvo un modelo reconocido: el sueco August Strindberg, autor de "La Danza de la Muerte", "La Novia Coronada", "La Ruta de Damasco", "Gustavo Vasa", "Infierno", etc., a quien admiró toda su vida. Las obras de O'Neill, traducidas a todos los idiomas del mundo y reeditadas infinitas veces por las principales casas editoriales de todos los continentes, son entre otras las siguientes: "S. S. Glencairn" (una colección de cinco dramas marinos), "The Hairy Ape", "The Emperor Jones", "Beyond the Horizon", "Anna Christie", "Strange Interlude", "Desire Under the Elms", "Mourning Becomes Electra", "Ah, Wilderness!", "The Iceman Cometh", "Long Day's Journey into Night", "All God's Chillum Got Wings", "Lazarus Laughed", "Moon for the Missbegotten", "The Touch of the Poet", "Dynamo", "The Fountain of Youth" (sobre Ponce de León), "Marco Millions" (Marco Polo). Pero, aparte de éstas, hay muchas otras que alguna vez fueron representadas en pequeños teatros y aun otras que nunca llegaron a las tablas y todavía hay otras que su autor ni siquiera autorizó en publicación; en ellas la llama del genio no dio su fulgurante resplandor pero estaban sin embargo habitadas, aunque fuera

fragmentariamente, por esa fuerza misteriosa que fue la característica del teatro de O'Neill.

¿Fue Eugene O'Neill un hombre psicológicamente normal? Evidentemente no. El fue un desequilibrado genial, estremecido y convulsionado por violentísimos conflictos internos, hermano de Poe y Rimbaud, de Verlaine y Dostoiewsky, de Toulouse y Villon, de Li-Pó y Omar Khayam. Tal vez el mejor juicio sobre su personalidad lo formuló un psiquiatra de Nueva York, el Dr. Bisch, quien nunca en verdad lo psicoanalizó (otros hubo que lo hicieron y que llegaron, en los últimos años, a curarlo casi completamente de su alcoholismo); pero el Dr. Bisch lo estudió detenidamente, leyendo sus obras. El libro que comentamos cita un informe bastante extenso del Dr. Bisch, del cual nosotros reproducimos aquí solamente algunos fragmentos; dice así:

"Yo siempre pensé que O'Neill era un hombre difícil de psicoanalizar porque tenía un ego demasiado fuerte. La mayoría de las personas tímidas tienen egos muy poderosos; ellos conocen sus poderes pero temen que los demás no se los reconozcan; y por eso son tímidos. Ya me había formado la idea, leyendo los dramas de O'Neill, que éste era un hombre "emocionalmente hambreado". El estudio de sus dramas me mostró que en todos ellos existía un tremendo antagonismo contra las mujeres, lo cual me indicaba que una honda hostilidad contra su madre dominaba en él. Yo creo, en vista de esto, que O'Neill odiaba a su madre y amaba a su padre. (En las apariencias fue todo lo contrario, pues O'Neill demostró siempre una gran parcialidad hacia su madre y un antagonismo igualmente fuerte hacia su padre). Una indicación de lo que digo se encuentra en que O'Neill desde luego imitó la profesión de su padre: el teatro. James O'Neill fue un actor "escapista": Eugene fue un dramaturgo, o sea, también una forma de "escapismo". Imitó igualmente a su padre en su incorregible alcoholismo. Creo sinceramente que O'Neill sentía una fuerte atracción homosexual, inconsciente, hacia su padre y que esta atracción se proyectó en su amistad para varios de sus compañeros de disipación. Y su antagonismo hacia la madre lo proyectó de otro lado en sus relaciones con las mujeres: por cuanto su madre lo habría defraudado, todas las mujeres necesariamente lo defraudarían y él tenía que vengarse de ellas. ¡Toda mujer debía ser castigada!".

Hombre de apariencia frágil pero con una energía avasallante, O'Neill ejercía una gran atracción sobre las mujeres y vivió enredado en innumerables aventuras con actrices, pero sobre todo con hetairas de todos los niveles. De todas las mujeres que hubo en su vida, la

que más lo sufrió sin duda fue Agnes Boulton, su segunda esposa, escritora de pequeño talento, pero que fue quien hizo posible la vida del dramaturgo a fuerza de una abnegación y sacrificio, con los cuales superaba otros defectos menores. Los hijos nacidos de este su matrimonio con Agnes son Shane y Oona, quien a los 18 años se casaría con Chaplín, en contra de la voluntad de su padre. La oposición de O'Neill no derivaba de que Chaplín sobrepasara a su novia en el triple de su edad, sino en un curioso fenómeno de celos, porque el bufo había sido un gran amigo de un esposo anterior de Carlota Monterrey, su tercera cónyuge y O'Neill sentía que entre ese hombre y Carlota había habido un gran amor, como en realidad lo hubo, porque Ralph Barton —que tal era su nombre— se suicidó poco después, según se dice, de haberse entrevistado secretamente con Carlota, dejando para ésta la más bella e inspirada carta de amor. Esta actriz, una de las bellezas que pasaron por Broadway, vino a compartir con O'Neill los años finales, los años de riqueza y opulencia, de viajes y descanso, de holgada residencia en Europa; pero también los años de su decadencia física y de su muerte. Pues O'Neill fue un hombre que se estuvo muriendo poco a poco a lo largo de muchos años. Víctima de una rara enfermedad erróneamente diagnosticada como "Mal de Parkinson", O'Neill se fue transformando lentamente en un inválido hasta llegar a la completa incapacidad por causa de los temblores y las parálisis. Durante mucho tiempo, O'Neill no podía escribir sus dramas ni comer en público debido al temblor de sus manos, ni andar y ni siquiera hablar normalmente. Intentó el suicidio en más de una ocasión y la verdad es que siempre había hablado de él desde su juventud, en la cual entreveía en un lejano horizonte su muerte en el mar, nadando hasta ahogarse. Carlota, que era una mujer eminentemente práctica, no quiso que el cuerpo de O'Neill se llevara a la tumba su secreto y en un gesto de gran valor moral, ordenó su autopsia. Esta reveló que O'Neill nunca sufrió del "Mal de Parkinson" sino de una enfermedad degenerativa de las células nerviosas del cerebelo, un proceso que va comprometiendo lentamente todos los movimientos del cuerpo, pero que deja libres e intocados los centros de la inteligencia; dolencia acaso hereditaria aunque de marcha lenta e implacable; quizás también ocasionada por la intoxicación alcohólica crónica. En sus últimos años O'Neill sufrió fracturas de piernas y brazos por intentar movilizarse y en una de estas ocasiones el hecho ocurrió durante un claro intento de suicidio.

Para comprender debidamente todo el más profundo sentido que impregna la vida y la obra de Eugene O'Neill, quisiéramos reproducir

aquí algunas palabras tuyas, las que él escribió para explicar la génesis de su conocido drama "Más Allá del Horizonte":

"Tengo un sentimiento innato de triunfo y regocijo en la tragedia. Pienso que la tragedia del hombre es lo más significativo que hay en él. Lo que yo busco es hacer que el público salga del teatro con un sentimiento regocijado de ver en la escena a alguien que se enfrenta con la vida, luchando contra sus eternos adversarios, tal vez no conquistándolos, sino por el contrario, siendo siempre vencido. Pero, justamente, toda vida individual adquiere significado sólo cuando lucha. La lucha del hombre para dominar a la vida, por demostrar que la vida no tiene sentido sino en el conflicto, cosa que ocurre a cada instante; el intento del hombre por adaptar y doblegar la vida a sus propias necesidades, en lo cual tampoco nunca triunfa, todo esto es lo que hace del hombre el héroe de la tragedia. Y si hay una persona entre diez mil en el público, que capta este mensaje del autor, si hay uno que se identifica con el personaje del drama en escena y que al mismo tiempo recibe el impacto emocional que la obra irradia, entonces el teatro volverá a ser lo que fue en el sentido fundamental y primario del drama, aquello dotado de ese contenido religioso y espiritual que el teatro griego tuvo, con esa exaltación que falta casi por completo en la vida moderna. Pienso que el elemento de tragedia que hay en la vida es lo único que la hace digna de ser vivida y que nuestra vida tiene su fundamento en el esfuerzo del individuo para realizar un sueño, el cual mientras más alto es siempre más difícil de alcanzar. Todos debemos alentar nuestros sueños. Y si no lo hiciéramos más nos valdría estar muertos. Porque el único triunfo en la vida de un hombre consiste justamente en su fracaso. Todo hombre que tiene un sueño suficientemente alto y grande, tiene que ser un fracasado y debe aceptarlo como condición de estar vivo. Pues, si en algún momento llega el hombre a creer que él es un triunfo, entonces está perdido y acabado".

Con estas palabras Eugene O'Neill definió y sintetizó el mensaje de su obra. A la lista de los hombres en "lucha contra el demonio" que nos dio Stefan Zweig (otro suicida ilustre) en su inolvidable libro, habría que agregar, en forma muy destacada, el nombre de Eugene O'Neill, el genio máximo del teatro norteamericano. Y esta es la prodigiosa historia que el libro de los esposos Gelb nos ha contado en 970 páginas dramáticas, aunque consoladoras.